

MONOS Y SÁBADOS

Hernán Darío Vélez Castaño



TERCER PUESTO

*¿En qué día estás?
¿Qué coco tiene tu mano?*

I

EL grupo de pequeños escolares se precipitó como un río, corriendo libre y ágilmente, por la puerta de la escuela “Nuestra Señora de la Libertad”. Era viernes, y la proximidad de dos días de vacaciones, anunciada por el ruido de la anhelada corneta –que retumbaba en las mentes de los niños–, animaba a cada paso el cauce de aquel río, haciendo que en él naufragaran las previas marcadas con rojas aes e íes, los ejercicios matemáticos de sumas, restas, divisiones y multiplicaciones, la multitud de planas hechas con recortes de periódicos, los resúmenes biográficos



de grandes personajes y los demás trabajos y tareas.

Al día siguiente –estando frente al televisor o a punto de patear un balón–, muchos de los escolares disfrutaban olvidando sus afanes de la semana. Ahora flotaban en las tranquilas aguas del gran océano de los sábados. Eran libres, es decir, olvidaban, porque sólo se es libre cuando se olvida.

Muchos niños hubieran querido que aquella mañana permaneciera indefinidamente. Sin embargo, como una cosa es lo que se quiere y otra lo que se puede, el tiempo, el mismo que se mueve tan rápido como un huracán, hizo que las aguas del mar sabatino se transformaran en las falsamente plácidas aguas del océano dominical. Y siendo domingo, muchas de las tareas que habían naufragado desde la tarde del viernes



continuaban perdidas en el olvido de la mayoría de escolares, mientras otros trabajos, los más afortunados, salían de su naufragio gracias a la diligencia de algunos aplicados alumnos que sí gustaban de hacer los ejercicios de matemáticas, los resúmenes de español, las reseñas de ciencias y las biografías de sociales.

María Mercedes era una de aquellas niñas que pertenecía al grupo de los alumnos aplicados. Ella se encontraba en la biblioteca municipal investigando sobre la vida de Charles Darwin para una exposición para la clase de ciencias del día siguiente. Durante aquella consulta, María Mercedes, al leer la página 82 de un antiguo libro, hizo un descubrimiento asombroso, nunca pensado, sorprendente: los humanos eran descendientes de los monos.



Era la una de la tarde de aquel domingo. La aplicada niña, atónita por su descubrimiento, decidió dar por terminada la consulta: cerró aquel viejo libro, lo colocó en el estante junto a la ventana y abandonó la biblioteca municipal. Estaba muy pensativa. Sentía que debía contarle su descubrimiento a todo el mundo. ¡Pero quizá la gente no estaba preparada! Tal vez era mejor descansar y esperar la clase de ciencias.

El huracán del tiempo llevó las aguas del océano dominical hasta las costas del desierto de los lunes, y allí, entre la pereza y el desdén, las aguas de la tranquilidad se evaporaron y se convirtieron en oscuras nubes de tareas no realizadas que preocupaban a los más desaplicados, amenazándolos con fuertes tormentas representadas por anotaciones disciplinarias escri-



tas en el observador del alumno. María Mercedes veía estas nubes sin preocupación –ella sí había hecho la tarea–, aunque, a decir verdad, sí sintió un poco de ansiedad antes de entrar a su clase de ciencias: el momento de hacer público su oculto descubrimiento había llegado.

II

Frente a un auditorio compuesto por distraídos estudiantes de quinto y su profesor de ciencias, María Mercedes dijo fuertemente, casi gritando, y con una voz que descubría su ansiedad:

–En 1832, durante un viaje por América del Sur, Darwin descubrió... descubrió... que... que... ¡que nosotros venimos de los monos!



Todos quedaron sorprendidos. Nadie podía comprender el porqué de dicha situación. Nadie en el auditorio entendía –y jamás pudo entender– por qué una niña forzaba tanto su voz para comunicar algo que ya todo el mundo conocía.

–Claro que todos estamos emparentados con otros primates. Desde luego. Eso todos lo sabemos. No necesitas gritar –dijo su profesor.

A sus compañeros les parecía que María Mercedes se tomaba muy en serio las tareas de la escuela. Por eso a ninguno de ellos se les hizo difícil olvidar lo ocurrido tan pronto como la anhelada corneta hizo escuchar el sonido que anunciaba la hora del descanso. Todo el auditorio salió del salón. Algunos intentaron terminar aquel partido de fútbol que había quedado inconcluso el viernes anterior. Otros comenza-



ron a hablar de sus dibujos animados favoritos –los mismos que presentaban todos los días en la televisión, pero que ellos sólo podían ver los sábados y domingos en la mañana–. El profesor se dirigió a una reunión obligatoria que tenía con sus colegas de la escuela “Nuestra Señora de la Libertad”. Sólo María Mercedes permaneció en el recinto. Pensó que todo hubiera sido diferente si las personas que estaban en la clase hubieran leído el mismo libro que ella. Luego se confortó en el silencio hasta que un sonido le anunció que podía volver a casa.



III

María Mercedes llegó a su cuarto un poco triste. Aunque tenía mucho por leer, decidió entretenerse con su caja negra. Tomó el control remoto y comenzó a cambiar de canal. Canal uno: telenovelas. Canal dos: noticias. Canal tres: videos musicales. Canal cuatro: ¡ca... nal... cua... trooo!

En el canal cuatro de su televisor, María Mercedes observó a un grupo de indígenas cuyos rostros estaban completamente pintados de rojo. Subió el volumen y entonces escuchó que se trataba de personas de la comunidad Tsáchila. Era increíble. Los Tsáchilas eran personas reales. Era cierto: ¡los humanos sí descendían de los monos!



IV

Como no era muy tarde, María Mercedes apagó su caja negra y se dirigió a la biblioteca municipal. Al llegar buscó el estante donde había dejado el libro revelador, el mismo que hablaba de un naturalista inglés que visitó la Amazonía a comienzos del siglo XIX para comprender que somos descendientes de los monos. Se dirigió al estante que estaba junto a la ventana y tomó el libro. Rápidamente comenzó a pasar las páginas: 7, 10, 19, 25, 36, 43, 52, 61, 69, 78, 81, 83, 81, 83. ¡No puede ser! ¿Dónde está la 82?

Corrió hasta el escritorio del bibliotecario, le preguntó si sabía algo acerca del paradero de la página 82 de su libro, pero el anciano contestó de mane-



ra negativa. La niña volvió frustrada a su casa –qué hacemos, hay días que son así–. La prueba de su descubrimiento había desaparecido. Fue entonces cuando un viento fuerte se coló por su ventana. Era en verdad muy fuerte. Era como un huracán. Era el tiempo. Y gracias al tiempo muchos ríos caudalosos continuaron atravesando el portón principal de la escuela “Nuestra Señora de la Libertad” durante muchos viernes hasta llegar a los mismos mares de tranquilidad cada sábado. María Mercedes se unió a sus compañeros y nadó en esas aguas hasta llegar al bachillerato. Aunque no dejó de ser una estudiante aplicada, nunca más volvió a hablar de su descubrimiento. Éste se perdió en su memoria como cuando se pierden las páginas de ciertos libros que pocos leen y nadie recuerda.



Nadie jamás volvió a hablar de este tema. Pero María Mercedes, gracias a su descubrimiento, no fue más descendiente de los monos: fue libre, porque el conocimiento, como el olvido, también libera.

V

Por lo que viene, por favor, no me juzguen. A mí no me gusta destrozar libros, ¡qué tal! Lo que les voy a mostrar llegó a mí por casualidad. Se los enseño porque dicen que fue el gran descubrimiento que hizo una niña hace unos años. Pongan mucha atención.

Entonces el gran Buque Beagle desembarcó en las costas ecuatorianas y Sir Charles Darwin comenzó a investigar. Allí pudo ver a un par de jóvenes Tsáchi-



las que custodiaban las jaulas de algunos curiosos monos que tenían, al parecer, un coco ceñido a una de sus manos.

Preguntando, Sir Darwin tomó atenta nota en su bitácora de los métodos utilizados por los dos jóvenes para atrapar a los monos. Anotó que los Tsáchilas cortaban cocos para luego sacarles el líquido, perforando la fruta de tal modo que ésta quedaba con un estrecho agujero por donde sólo podían pasar las manos estiradas de algunos monos, y que luego los hombres de rostro rojo llenaban el interior de los cocos con maíz, para, después, colgarlos en las palmeras, atándolos con cordones que diseñaban con la corteza de algunas lianas. Tras ello, sólo esperaban la venida de los monos.

Este método de caza parece fácil (y lo es). Sir Charles Darwin se fijó en que los monos acuden a dichos cocos seducidos



por el maíz que hay en su interior. Vio que los monos introducen sus manos forzadamente, toman el maíz empuñándolo (lo que hace que sus manos aumenten su volumen), por lo que les resultaba imposible escapar de sus captores, a menos que renunciaran al maíz que empuñaban, algo que ninguno de los monos que Darwin había visto en aquellas jaulas había hecho.

Se supo que Sir Darwin contemplaba aquellos monos sin dejar de pensar en Europa. Se dice que recordaba que allí había visto a muchas personas que renunciaban a su libertad por causa de su avaricia.

Hay evidencia de que a este naturalista se le antojó una visión reveladora: que un día vio al rey de Inglaterra peludo, como un mono, con un coco del tamaño de la India aprisionando su mano dere-



cha y viviendo en una jaula que sólo él y sus súbditos daban por palacio.

Por eso, cuando escribió El origen de las especies, en 1859, Sir Darwin dijo: “es evidente. ¡Venimos de los monos!”

[82]

VI

Y cuentan que los hombres de rostro rojo dejaron de atrapar monos tan pronto como el Beagle zarpó rumbo a Europa. Que luego vino un gran huracán y juntos, Sir Darwin, María Mercedes, los monos y los Tsáchilas nadaron en las libres aguas de un eterno sábado.

FIN

HERNÁN DARÍO VÉLEZ

Existe un grave problema moderno: el dar por hecho que se es libre sólo porque no se habita una jaula. De ello dan cuenta los personajes de este cuento, que procuran su libertad desde perspectivas heterogéneas: desde el olvido o desde el conocimiento o entendiendo la libertad como sinónimo de irresponsabilidad o como la sumisión a las normas. Pero todos los personajes, a su modo, son metáfora de una época que peligrosamente se asume a sí misma libre.

“Monos y sábados” no pretende ser un tratado sobre la *LIBERTAD*, pero sí un pretexto que contribuya a que las reflexiones sobre este importante valor no caigan en el desuso cotidiano –o devengan en simples lemas–, como, aparentemente, ha sido el destino de sus pares *IGUALDAD* y *FRATERNIDAD*, con los que la modernidad pretendió inaugurar un mundo nuevo.

El cuento tiene dos momentos que se concatenan y dos personajes principales que com-

parten un hallazgo: los humanos son descendientes de los monos, no porque filogenéticamente lo sean, sino porque coinciden con éstos en el apego a lo material. Los profetas de este descubrimiento son una niña de primaria (cuyo nombre en la tradición católica remite a la Virgen que es patrona de los reclusos) y un conocido naturalista inglés que teorizó sobre la evolución en el siglo XIX.

Con relación a los personajes secundarios y lugares del cuento se destacan el huracán –imagen espiral del tiempo–, que invita a no separar las preguntas sobre la libertad de las preguntas sobre la historia, el océano y el sábado, como iconos de la fuga, y la escuela, cuyo nombre es metáfora de lo que Annie Le Brun –en su obra *DEL EXCESO DE REALIDAD*– describe como uno de los aspectos más comunes de la contemporaneidad: la racionalidad de la incoherencia.

La escritura para mí es como la alquimia: se juega con los elementos disponibles en busca del apreciado oro. En ella se hecha mano de lo conocido por la experiencia o por la imagina-

ción (sí, creo que la imaginación es una forma de conocimiento) para sugerir libertarios anhelos allí donde la experiencia pareciera enseñarnos que nuestro destino se cubre de plomo. Se escribe para leerse a sí mismo... y para creer que entendimos lo vivido.

Finalmente, debo agradecimientos a mi familia –de manera singular a mi papá–, a mis profesores, a mis amigos de Maloka y a mis compañeros de la universidad, alquimistas admirables que, sin saberlo, escribieron conmigo este cuento.